

FUNERAL EN LAS SALESAS

ANTONIO LINAGE CONDE
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

La madrileña iglesia de las Salesas no es fruto del delirio de curvas de ningún arquitecto del barroco. Las líneas de su fachada, de su bóveda y de su cúpula, no se merecen demasiadas excomuniones de los apóstoles de la sobriedad. Y su decoración tampoco la hace barrocamente estallar en un único grito de oro, cual en otros clásicos alzados ocurre. El barroco en ella es como un rasgo juguetón que aflora acá y acullá, donde menos se piensa, ocultándose para reaparecer en seguida, cual en un juego al escondite de esos ángeles niños que tanto proliferar deja, desde los que en la portada sostienen en las más aéreas posturas concebibles las tablas de la ley y la cruz, hasta los que en el púlpito se abrazan y hacen sonar una trompeta, pasando por los que sonrían como si nada, dándonos la mejor lección ante la muerte, en torno al esplendente sepulcro de nuestro señor don Fernando VI. Y en el limpio marco de los mármoles de colores de sus nobles y serios retablos, la claridad luminosa de algunos lienzos, como los del napolitano Francesco del Mura y el veronés Francesco Cignaroli, son tanto teología cual historia y no pueden mejor estar que en la casa de Dios y de los hombres. ¡Que de la gloria goce la buena reina doña Bárbara de Braganza por haber dotado a la corona de nuestra villa-capital de tal florón (buena hija en eso de don Juan V de Portugal a quien tantas prodigalidades de albañil permitieron sus brasileños diamantes! Y ello a pesar de las coplas que corrieron sobre la cuenta “bárbara” de las obras, que bajo el sol no hay nada nuevo.

Pero estamos en 1927, postrimerías monárquicas ya, y a 23 de mayo. Y hace trescientos años que don Luis de Góngora y Argote ha muerto en su Córdoba nativa. A fines del siglo anterior. Paul Verlaine le había exhumado en París. Y en 1899, por segunda vez en Madrid, Rubén Darío, cual corresponsal de “La Nación”, al esparcir “entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico” —¡ojalá volviera!—, le da a conocer en su propia patria. Sobre el silencio o la hostilidad de los noventayochistas, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset y Ramón Gómez de la Serna, le aman. Y así llegamos a la estupenda

generación poética que viene siendo designada precisamente por aquella fecha de su centenario. ¡Dos de sus andaluces, Lorca y Alberti, oriental el uno, y occidental el otro, abrigaron nada menos que la idea de continuar las "Soledades"! Y con eso está dicho todo.

Y no querían que a la conmemoración de la efeméride le faltara ningún detalle. De ahí que la iglesia de Santa Bárbara fuera escogida para la misa de cabo de año que no podía faltar en sufragio del alma de don Luis. Que no en balde vivió éste de su prebenda de racionero de la catedral cordobesa, por cierto multado por su obispo con cuatro ducados y conminado a no volver a los toros, luego de haber sido acusado de asistir a coro rara vez y que cuando lo hacía andaba de acá para allá saliendo con frecuencia de su silla y hablando mucho durante el oficio, de vivir como muy mozo, andar de día y de noche en cosas ligeras y escribir coplas profanas.

Y en el noble templo constelado de blandones y relleno del imponente catafalco de los ritos de primera, vacía la nave, ausentes las autoridades invitadas, los jóvenes vates revoltosos y heterodoxos de todo un poco, ocupan el banco de la primera fila, el de los deudos. ¿Y acaso no lo son a más título que otros consanguíneos? Allí Federico, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, José Bergamín, hasta cuatro más. Y un erudito, don Miguel Artigas. "¡No se quejará don Luis: buenas honras le hemos costado! Los oficiantes nos miran de reojo, muy asombrados. Sin duda piensan: ¡Qué extraordinario funeral el de este señor don Luis de Góngora!", que Dámaso comentaría muchos años más tarde.

Oscilan los clérigos, envueltos en los áureos fulgores recamados que alegran el luto de sus ornamentos, con todo el trajín de un réquiem "de cabildo", que decían en mi villa de Sepúlveda, "de tres en ringle y dos con porra", como felizmente los describiría mi abuelo Matías. Son inmensos los claveles rojos que adornan las solapas de Alberti y de Bergamín. Y llegado el momento de la incensación, tras dudar entre las doce caras, el asistente de turno sahuma al último, el de cara más seria. Se acordaría más de uno entonces de que el mismo don Luis había, a su manera, esa que a Rubén dejaría definir su poesía "cual jaula de ruiseñores labrada en oro fino", descrito el incienso litúrgico: "el dulcemente aroma lagrimado que fragante del aire luto era". Y hablado en cierta ocasión de un "túmulo canoro", aunque al lado de un "tálamo mudo".

Y ahí quedó aquél, el vaho inefable del incienso decimos, en la iglesia dieciochesca, ahí le podemos tener todavía aromándonos, como símbolo, de veras que poco común y curioso, de aquella generación de poetas que de 1920 a 1936 eran jóvenes, cuando seguían escribiendo todavía don Miguel, los Machado y Juan Ramón, por no hablar de la prosa, aún bien viva, del 98 y el 900. "La edad de plata" de nuestras letras, como bien la llama mi profesor José María Jover.

El propio Rafael Alberti, en su piso romano de Vía Garibaldi, parte del severo caserón que Pío VI hizo construir para servir de abrigo y redil a las descarriadas mozas de la capital de la cristiandad, nos confesaba, el año pasado haberse acordado más de una vez de aquél funeral madrileño de don Luis al recibir, en sus callejeos de esteta, la caricia barroca de algunos templos de la Urbe. "¡Qué bien se está bajo el lamento eterno de los cantos latinos!". Eso fue un francés enamorado de Toledo quien lo escribió, Mauricio Barrés.